

bres nuestras. Si Británico no se tomase tamaña libertad de lenguaje, frustraría la expectación y la esperanza de los venidos aquí á escuchar cosas atrevidas y fuertes.

— Calla, deslenguada; eres peor cien veces que tu hermano.

Y al decir esto miró el emperador con tal odio á su esposa, que esta infeliz se tapó el rostro con las manos, como si no pudiera soportar lo fulminante de aquella mirada.

— Pues que mientras el esclavo de Nerón lo es por decreto del destino y por ley de necesidad, constitúyese Nerón de suyo en esclavo de su sensualidad, de su avaricia, de sus vicios, de su propio despotismo.

Un rumor espantoso corrió por el público al oír tales palabras. Nerón se levantó de su lecho é hizo una seña grave á su privado Tigelino. Hecha esta seña, el privado hizo á su vez otra seña grave al escanciador. Y, hecha esta seña, el escanciador se colocó, vaso en puño, al lado de Británico. El mucho vino apurado y el ardor intenso con que dijera las primeras palabras de su arenga secaron las fauces de Británico y pidió de beber. El esbirro que debía escanciar, le dió un vaso de oro. Británico lo apuró de un trago. Y no había concluído de beber cuando cayó en el suelo como herido de un rayo.

— ¡Dioses! ¡La muerte! — exclamó Tito lanzándose sobre su amigo que aún se estremecía.

— ¡La muerte! — añadió la pobre Octavia cayendo de espaldas.

— Sí, la muerte — dijo Nerón volviéndose á su madre Agripina. — Soy tu hijo.

— Perdida, perdida, perdida para siempre — dijo Agripina, muy aterrada en su interior, pero sin desconcertarse mucho exteriormente, guardando la olímpica serenidad que le acompañaba en los mayores trances.

— El primer crimen de César — dijo Séneca volviéndose á Luciano y Propercio. — Ninguno de nosotros morirá en su cama.



## CAPÍTULO XI

### EL VIBOREZNO

— ¿Desterrada del Palatino? — preguntaba el favorito Vitelio á la emperatriz madre.

— Desterrada, Vitelio, como ves.

— ¿La que antes agrupaba el pueblo romano en torno suyo, tan sola hoy?

— Enteramente sola.

— ¿Te acuerdas, Agripina, del astrólogo?

— No lo recuerdes, Vitelio.

— Los hechos de hogaño van á una confirmando las profecías de antaño.

— Yo he considerado siempre al hijo de mis entrañas capaz de herirme con un puñal en el seno que lo engendrara; mas no lo he creído capaz de lo perpetrado ahora, capaz de alejarme del trono y del palacio á la vista de todos.

— Con efecto, esta casa de tu abuela dista en riqueza y en comodidad y en gusto del Palatino tanto cuanto dista una choza de esta casa.

— Nada de corte: separa de mí Nerón los amigos y devotos míos, llamándolos enemigos suyos. Nada de aquellos esbirros y delatores que todos los poderes y todos los príncipes romanos han menester en torno suyo: la precaución para sí, la defensa de su per-

sona quedan prohibidas á una emperatriz como yo, que tanto se desvelara por el bien público y tantos enemigos contrajera en la indispensable aplicación de los códigos y en la severa distribución del derecho. Nada de guardia: la implacable crueldad neroniana impide que me acompañen aquellos milites germanos, cuyas lanzas me circulan siempre y cuyos labios renuevan á la hija los juramentos de fidelidad que pronunciaran por la madre. Nada de libertos: el emperador no quiere que tenga confidentes y consejeros quien sólo tomó consejo de su amor para ceñirle contra los dioses y los hombres la corona del mundo. Ningún cuidado por mí. Puede penetrar un asesino hasta mi alcoba y tratar como á una perra, si quiere, á quien fué una diosa. Ninguna consideración absolutamente conmigo; así no se acerca nadie ahora por este sitio, cuando antes parecía un castillo sitiado mi persona según la gente que me rodeaba, y un general de numeroso ejército según la comitiva que me seguía por todas partes. Recorre las cercanías de este retiro, entra en sus jardines, pásate por sus estancias, penetra en los rincones: ni un alma. El emperador nada quiere con quien le dió primero la vida y luego la corona.

— ¡Ah! Sucedieron tantas cosas tristes en pocos días, que al cabo te han traído sus nefastas consecuencias á la triste soledad en que ahora te hallas.

— Desde que Nerón se arrestó á la muerte de Británico, vi la nave del imperio haciendo agua por todas partes.

— Pues mira cómo se ha encallecido la conciencia romana y cómo se ha todo sentimiento piadoso acabado en la ciudad. El veneno propinado á Británico por Locusta era de tal fuerza corrosiva que acabó con él, como viste, cual pudiera una centella fulminante. No hubo intervalo aparente entre muerte y sepelio. La misma noche de su desgracia última y con las preesas del festín gozoso le llevaron á la pira, sin permitir que ni siquiera su hermana Octavia le llorara y pidiese para sus restos reposo á los dioses de la familia y de la patria. Curáronse únicamente de teñir el rostro inánimado para que las manchas de la piel no acusasen la especie de muerte que había sufrido. Con más consideraciones y más respeto entierra Nerón á sus bestias que á sus hermanos.

— Pues no le ha valido. Las plañideras de oficio se han junta-

do, y en vez de llorar por encargo y pago, lloraron las cuitadísimas tan de veras que conmovieron al pueblo, el cual se juntó en innumerable muchedumbre alrededor del brasero fúnebre, aclamando como víctima del despotismo y como mártir del derecho al predilecto difunto. Hasta el cielo pareció conjurarse contra el fratricida y llorar al pobre sacrificado. Culebreó el relámpago, estalló el rayo, diluviaron las nubes; y la hoguera que debía consumir el cuerpo, se apagó; y los fúnebres afeites que debían ocultar las manchas, se destiñeron; y un clamor tan grande salió del pueblo, que parecía todo él una tripulación perdida en horroroso naufragio pidiendo á los dioses todos el indispensable socorro y auxilio.

— Pues no acaricies ilusiones respecto de la indignación pública por crímenes públicos también. El pueblo romano ha caído en una superstición ya muy vulgar, en la superstición arraigadísima de que han menester los Estados del crimen como de un activo y poderoso instrumento para granjearse y conseguir el respeto debido á los gobiernos y el orden indispensable al cumplimiento de las leyes y á la obediencia general. Así es que, aplicando el criterio colectivo al caso este, creen que no podrían los dos hermanos convivir en el trono; y dada la necesidad imprescindible de que uno desapareciera, optaron por la desaparición de Británico, pues traería la del emperador ya reinante aparejados cambios, los cuales no podían por menos de maltraernos á sacudimientos bruscos y á conflictos tremendos en las incidencias del interregno.

— Quien así discurre no sabe una palabra de política. Si por algo me subleva el crimen que ha perpetrado el hijo mío, quien debió heredar de su madre otra inteligencia del gobierno, es por creerlo contraproducente y atentatorio á lo que se requería y buscaba por su medio. La presencia de Británico en el palacio y su coparticipación en el trono le vallan á Nerón el apoyo de una considerable parte del patriciado y de otra considerable parte del ejército, aun prescindiendo del pueblo, dado siempre al culto de los sucesores del divino César. Podía todo cuanto le demandara el gusto hacer mientras tuviera en un lado á la infeliz Octavia y en otro lado á Británico, cual sobre los tres la sombra de esta su madre. Mas ha querido campar el infeliz por sus respetos, y pronto se tirará de una oreja y no se alcanzará de modo alguno la otra.

Que para quedarse allá en lo alto enteramente solo, sacrifique á su Octavia, sacrifique á su Agripina, cual ha sacrificado á su Británico, y no le arriendo la ganancia. Pronto, muy pronto le hará el cielo sentir sus iras, y la corona se le caerá de su frente como á impulsos de un rayo, y el suelo se abrirá bajo sus plantas para devorarlo y tragárselo.

— Pues, Agripina, ten por seguro que ha decidido el sacrificio de Octavia.

— ¿Lo crees tú así?

— ¡Vaya si lo creo! Sabes que nada puede ocultarse á mi vista en Roma, donde todo lo secreto se sabe y se patentiza de suyo á mis ojos, y á ese respecto sé cosas peregrinas.

— Las adivino todas, las adivino, sin que las digas.

— ¡Cuánto no te opusiste á los amores de tu hijo con Acté, Agripina!

— Tienes razón, me opuse. Indignábase mi ánimo contra la favorita cuando pensaba que la sangre julia, proveniente de Venus misma, se mezclaba en una especie de ayuntamiento casi bestial con triste sangre asiática.

— Pues en eso aventajaba tu orgullo patricio á tu sentimiento político. Acté no se hubiera mezclado para cosa ninguna en los asuntos romanos; y la nueva mujer en cuyas garras ahora se precipita, no habrá de contentarse con obtener el corazón de tu hijo, pedirá el trono también. Y para escalar el trono, pondrá una gradería de cadáveres, en la cual habrá escalones capitales, formados por el cuerpo de Octavia, por mi cuerpo, no lo dudes, Agripina, y por el tuyo, sí, por el tuyo. Se cumplirán los augurios del astrólogo; caerás derribada en el suelo por mano de tu propio hijo, á quien has querido poner, en tu desvariado maternal amor, entre los astros del cielo. Aquí no tenemos otra cosa que hacer sino aguardar, con la resignación del buey ó de las otras reses á la puerta de los mataderos, la hora en que nos echen al cuello la soga y nos arrastren sobre un lago de sangre á la piedra enrojecida, sobre la cual habrán de herirnos é inmolarnos en este universal degüello.

— Pues yo, Vitelio, no tiemblo todavía. Podrá todo eso que tú dices amenazarnos, lo creo; pero no me asusto, ni dejo de luchar un momento contra todo y contra todos. Podrán perseguirme, pero

no sin que yo me revuelva contra mis perseguidores. Podrán ofenderme, pero yo sabré defenderme. Podrán matarme, pero el chorro de sangre que despida mi corazón, al partirlo el puñal de los verdugos, apagará muchas estrellas en el cielo. Me declaran la guerra. Pues ya verán cómo recibo yo esa declaración y cómo me porto en la lucha. Prefiero el odio al olvido. Prefiero al menosprecio el combate. Prefiero á la indiferencia la muerte.

— Popea nos ha señalado ya como víctimas á tu hijo.

— Esos amores con Popea me prueban que se ha dementado.

— Verdad. Nadie podrá explicarse á satisfacción que haya caído en la red tendida por una familia patricia y pase por asociar al trono damas que no sean de sangre augusta.

— Cuanto hace ahora en todo esto acusa una insensatez tal que precisará encerrarlo como á un loco furioso. ¡Apartar á Popea de su marido! ¡Unirla en matrimonio nuevo con Othón! ¿Crees que va éste á guardarle fidelidad, cuando al más porro se le hubiese ocurrido que concluiría por tomar en serio su matrimonio, enamorándose como un Paris de la Helena que debía guardar como un eunuco hasta tragarse y engullirse con ansia el regaladísimo bocado? Cree, Vitelio, que Nerón, en cuanto desoye mis consejos, no sabe nunca el cuitado lo que se pesca. Cree á quien lo ha puesto en el mundo y lo ha puesto en el trono.

— Con efecto, el buen Othón toma en las barbas de su rival como propiedad suya y en disfrute la mujer que Nerón le constituyera y confiara en depósito. Así, monarca y todo, se ha quedado con tres palmos de narices. Popea, como no quiere á nadie, como sólo está de sí misma enamorada, juzga único medio de alzarse con la corona enrabiar á Nerón, y único medio de llegar á enrabiarlo y enfurecerlo, herirlo con celos, mostrándole una pasión ardiente por Othón, que tiene ya perdido el seso por ella. El palacio de Othón parece un nido de amores, donde hacen de tórtolos la esposa y el esposo fingidos. Así Popea le dice á Nerón que no necesita el afecto de un emperador teniendo el afecto de un tan garrido patricio. Y éste no se muestra menos prendado de la esposa que le deparara la confianza del César. Por más que Nerón lo retiene á sus cenas por la noche, á fin de que regrese tarde á la casa y conviva lo menos posible con Popea, el depositario se va temprani-

to, diciendo en voz alta que así cumple á un recién casado y que su mujer le aguarda impacientísima en el tálamo nupcial. Y para que nada falte al tormento, como es rico el buen Othón y Popea riquísima, ostentan un lujo indicativo de que no han menester para los goces del orgullo y para los recreos del arte ir al Palatino. Si Nerón tiene cien músicos, Popea doscientos. Si Nerón ofrece una esencia carísima para que se laven los pies sus convidados, Popea echa esas olorosas aguas por canales de plata y las levanta por los aires en surtidores de oro, lloviéndolas sobre las cabezas de sus comensales en gotas que cuestan cada cual su correspondiente sestertercio. Vamos, Nerón está por tan crítico estado fuera de sí, resuelto á cualquier atrocidad horrible, de las que pasan frecuentemente por su cabeza, propensa de suyo á fantasear cualquier desvarío, que luego pone su pervertida y trastornada voluntad en práctica.

— Sabía en gran parte cuanto me refieres y adivinaba la otra parte.

— No hay más remedio que defenderse.

— ¿Qué dices defenderse? No hay más remedio que atacar.

— Pero ¿cómo?

— ¿Cómo? Como nuestro instinto de conservación, muy despierto y poderoso, nos dé á entender. ¡Pues no faltaba más! Hemos tenido la vida de todas esas gentes, que ahora nos combaten, aquí en la mano, ¿y habíamos de amilanarnos, cuando tan fácil cosa es herirlas y defendernos tú y yo con todos mis postreros partidarios y amigos fieles? No te azores. Lo capital en lances así es la esperanza del triunfo. Lucharemos y venceremos.

— ¡Cuán difícil cosa el combate me parece! ¿Con qué satisfarás las ambiciones de Popea?

— Si no puedo satisfacerla de algún modo á derechas, mataréla con seguridad. Todavía no he soltado las tijeras de Parca implacable, con las cuales corté, desde mi niñez casi, el hilo de tantas vidas.

— ¿Cómo y con qué satisfarás la voluptuosidad de Nerón?

— ¿Cómo, con qué? Pues con mi cuerpo si es posible. No mira jamás Nerón la clase de carne que satisface la sensualidad suya.

— ¡Agripina! — gritó Vitelio, presa de un horrible terror al oír la espantosa idea que le pasaba por el desvencijado cerebro á la feroz emperatriz.

Un profundo silencio siguió á este infernal centelleo del alma de Agripina y á esta diabólica fulguración de sus horribles pensamientos. Por muy abajo que la naturaleza humana caiga, es imposible llegue á suprimir la conciencia y la razón en términos de parecerle bueno lo malo y lo malo bueno. Una idea como la que pasó en culebreo siniestro por la frente de aquella furia, puede oírse como estallido de un momento, pero debe prestar como un fugaz vértigo espiritual, en que se pierde la conciencia, como en los vértigos materiales se pierde la cabeza. Así un sacudimiento de verdadero escalofrío recorrió todos los nervios de Vitelio. Retrocedió espantado ante aquella mujer de quien aparecía cómplice, y hubiera querido huir de ella como se huye de una pesadilla espantosa; pues, con ser tan perverso, no había soñado en que los abismos de perversión fuesen tan hondos. Así no dijo nada en largos minutos. No hizo más que pasarse la mano por el rostro pálido y ahuyentar en lo posible la glacial frialdad que caía sobre su alma presa de horrible arrebató. Todo cuanto allí sucedía, todo, presagiaba la descomposición radical de un mundo entero. Al revés de lo anunciado por las profecías sibilinas que despojaban al tigre y al león de su fiereza y al escorpión y á la víbora de su veneno, convirtiendo el huracán en brisa y el relámpago en aurora y el rejalgar en mieles, como un grandísimo brote de bienes, el mal se recrudecía y exacerbaba con un extremo tal que los jóvenes, como Nerón, en los umbrales casi de la vida, aunque por todas partes les sonriera la esperanza, perseguían y mataban sin piedad; como las madres, tan castas en su santo ministerio de maternidad, se prendaban carnalmente de sus hijos y no tenían siquiera que les sucediese por el consciente incesto lo que á Yocasta le pasó por el incesto inconsciente con su Edipo: perder á un tiempo con los ojos del cuerpo los ojos del alma. Sin embargo, contra el mismo crimen se revuelven y se levantan los criminales; y como ya lo hemos indicado, Agripina se conmovió tanto á la consideración de lo dicho y Vitelio á la consideración de lo oído, que cayeron en profundo silencio aumentado por la soledad y la tristeza del sitio donde se hallaban. Mas no duró mucho este reposo. Un fuerte rumor penetró en el aire de aquellos salones, un rumor lejano, indicativo de que mucha gente se acercaba en tropel y aun blandía instru-

mentos de combate y de muerte, quiero decir, armas, muchas armas. El fragor sacó á la emperatriz y á su ministro del estupor en que habían caído los dos.

— ¿Oyes, Vitelio?

— Pues ¿no he de oír, Agripina?

— Algo extrañísimo sucede.

— ¡Vaya si sucedel!

— Diríase que se acerca un pueblo entero.

— Es verdad. Y un ejército.

— ¿No te da mala espina eso?

— ¡Vaya si me da mala espina!

— Somos desgraciadísimos.

— Nos rodea la muerte por todas partes.

— No tiembles tú como débil mujer cuando yo me porto como un hombre.

— ¡Ay, Agripina! Luchando con tu hijo Nerón, realmente luchamos con la fatalidad.

— Pues para luchar con lo fuerte al mundo hemos venido, y no es cosa de que nos arredremos, y arredrados nos creamos vencidos antes de recibir el golpe asestado nuestras cabezas. Veamos qué pasa, pues: el ruido ha pasado á estruendo, el estruendo á fragor, ensordeciéndose los aires y temblando el suelo bajo nuestros pies.

— ¿Quién viene, quién viene? — preguntó Vitelio á los pocos domésticos que aún rodeaban la desgracia de Agripina.

— Pues vienen — dijeron los esclavos — el prefecto de la guardia pretoriana con mucho golpe de soldados y el filósofo Séneca con mucho golpe de cortesanos.

— ¿Qué nos querrán? — preguntó á la emperatriz Vitelio.

— Pues nada bueno — respondió al favorito la emperatriz.

— ¿No puede ser que haya sentido Nerón en la conciencia mordeduras de remordimiento y en el corazón mordeduras de pena que le hayan movido á revocar lo hecho contra ti, su madre, y envíe todo ese tropel á reinstalarte ahora mismo en el palacio y en el poder?

— ¡Cuán poco le conoces después de haberlo tratado desde que naciera y seguídolo por todas partes! Cuando una idea le penetra

en el seso y un propósito en la voluntad, acarícialos con tanto más empeño cuanto menos aparenta quererlos y acariciarlos. El intento de acabar con ambos no le saldrá del corazón, aunque muchas veces lo contrario simule y otras veces con ímpetu retroceda para dar mejor el salto mortal. Desengáñate, desde aquí al día de nuestra muerte ó de nuestra victoria únicamente nos queda por toda perspectiva en lo porvenir el combate perdurable y la perdurable fuerza.

— Se acerca el tropel, aumenta el fragor. Si dices que tu hijo no ceja, pongámonos en remojo.

— ¡Oh!

Y los ojos le relampagueaban á la infeliz Agripina, y le rechaban los dientes, y le sacudían todo el cuerpo estremecimientos casi epilépticos, y le ahogaba la rabia el pecho.

— Estamos lucidos — exclamaba tembloroso Vitelio.

— Que no me hubieran dado ninguna otra faena sino desasirme de él. Todas las furias del Averno se veían apostadas en su camino; yo supe conjurarlas. Sus tijeras habían clavado ya las Parcas en el tejido de la vida suya, y pude más con mi poder humano que todas ellas con su sobrehumano poder. Bien es verdad que no debe agradecérmelo. Yo mil veces lo hubiera deshecho entre mis brazos; pero lo impidió la consideración de que sólo á título de ser su madre podía yo dominar al mundo. ¡Oh aborrecible Aquiles, que venciste á las amazonas en desigual combate, nunca te perdonaré tu maldita victoria! Si hubiéramos continuado inscritas en los ejércitos, pudiéramos ascender á los tronos, y ascendiendo á los tronos, jamás necesitara yo del hijo de mis entrañas para sostener mi autoridad en el mundo y escalar, si fuera preciso, el cielo. Pero ¡ah!, destruyendo á Nerón, destruíame yo á mí misma. Y no me quedaba más remedio sino unir mi suerte á la suya y hacerlo como un tigre para exacerbarlo, azuzándolo contra todos sus enemigos.

— Pues lo has en tal modo azuzado, que á manera de gata se ha vuelto hacia ti con rabia y te ha metido hasta los huesos las uñas. Pero mientras así nos quejamos á guisa de plañideras, me parece que nuestros perseguidores ahí están á la puerta. Solamente que pasa con esa muchedumbre de fuera lo mismo que pasa con todas las muchedumbres encendidas y airadas: cuando llegan á momentos supremos parece que se recogen y callan.

Efectivamente, como le sucede al viento en los intervalos entre sus ráfagas y como le sucede al Océano en las calmas predecesoras del huracán y de la tormenta, los llegados á la puerta del palacio de Antonia, donde se hallaban Agripina y Vitelio, habían enmudecido, por lo cual sembraban más terror en torno suyo y aparecían como más amenazadores y más terribles que antes cuando vociferaban á una con tanto estruendo, pues parecían desahogados y descargados de sus cóleras con todos los clamores y concentrados en sí mismos ahora para luego acometer con una mayor violencia. Lo cierto es que los dos interlocutores se miraban uno á otro y no sabían qué hacer. Sin embargo, sus dos temperamentos respondían al peligro con esa lógica de las complexiones internas que nunca se desmiente, pues mientras parecía hombre por sus varoniles afectos Agripina, parecía, por lo asustado y trémulo, como la mujer más tierna y más espantadiza, el pobre Vitelio. Así decía éste:

— ¿Qué hacemos, Agripina?

— Pues ¿qué quieres que hagamos?

— No podemos esperar á esa gente.

— Como no quieras que la tierra nos trague, habremos de aguardarles.

— Yo huiría, si estuviera en tu pellejo.

— Pues como es Agripina quien está en el pellejo que tú dices, no huirá, no, Agripina.

— ¡Buena la hacemos!

— Mira, Vitelio, para huir del emperador hay que huir del Imperio, y para huir del Imperio hay que huir del mundo, y para huir del mundo habría que tener la virtud misma de Orfeo y que bajarse á los abismos. Así me parece lo mejor que nos quedemos, y venga cuanto los dioses quieran enviarnos, Vitelio.

— Pues yo creo que hacemos pésimamente.

— Si quieres, ya puedes huir. Por esa galería se llega pronto hasta una puerta que sale al campo, y por esa puerta que sale al campo se puede uno refugiarse en cualquier asilo que le preserve al odio de Nerón. Vete, pues, Vitelio, vete. Que los dioses te guíen. Vete solo.

— Eso no, solo no me voy — dijo Vitelio ruborizado de valer menos que Agripina, volviendo por el honor de su sexo.

— Pues, no queriendo irte solo, hay que aguardar aquí la tormenta.

— Lo que tú mandes.

— Quien no debe, no teme. Levanta, Vitelio, bien erguida la cabeza y desafia con entero valor las cóleras del cielo y del mundo.

— Lo que tú quieras.

— ¡Esclavos! — gritó Agripina con todas sus fuerzas.

— ¡Agripina! — dijeron los esclavos, respondiendo á su vez.

— Abrid las puertas.

— ¡Dioses! — exclamó Vitelio, poniéndose tras Agripina como un chicuelo asustado. — ¿Qué será de nosotros?

Las puertas se abrieron y entró la multitud, más asustada de verse ante la emperatriz que la emperatriz de verse ante la multitud. Con efecto, los que allí entraban retrocedieron, ó por lo menos se pararon ante la majestad de aquella mujer. Mientras entraban, se irguió hasta crecer en estatura y se ciñó toda su majestad. La frente minutos antes arrugada y ceñuda, tomó toda su nativa transparencia. Los ojos fulguraron, como si en vez de hallarse circuida de implacables enemigos, estuviese sobre aras y altares. Aquella fascinación ejercida de antiguo sobre los menos fascinables aún duraba en ella. Puesta de pie como sobre un pedestal, cruzada de brazos, majestuosa de actitud, airadísima sin provocación, desdeñosa sin menosprecio, altiva sin soberbia, con la seguridad en el rostro convertido á trasunto de un alma que no creía verse perseguida por la muy simple razón de que su conciencia no le argüa por cosa ninguna de aquellas que los mortales generalmente juzgan crímenes terribles, nunca jamás como en aquel supremo instante había parecido Agripina una diosa, y sus criados y sus siervos aquellos mismos que iban allí con ánimo de ofenderla é insultarla. Era efectivamente muy temerario lo que hacían aquellas gentes. Dado el poder mágico de Agripina y la complexión cambiante de Nerón, cosa ninguna tan fácil y hacedera como que aquel hijo, libre y desasido del mirar imperioso de Agripina, tornase á verla, y viéndola, cayese de nuevo á sus plantas rendido y se sometiese á su voluntad soberana. Mas en cosa ninguna se conoce tanto la vileza del adulador y del cortesano como en ese horrible hábito de abandonar el poder y la fortuna en cuanto cree que pueda sufrir cualquier ligero eclipse.

En muchos de los circunstantes dominaba una emoción de terror, no vencida ni aun siquiera por la curiosidad. Habían oído tales cosas de aquella mujer, que sentían hacia su persona esas atracciones misteriosas que se sienten hacia los abismos. Imaginaos el cambio de afectos que se establecería entre los tumultuados y la emperatriz al verla tan desdeñosa de suyo á ella y verse á sí mismos tan bajos. Ella subía en el concepto de los que la amenazaban, y ellos descendían, no tanto á los ojos de los demás, cuanto á sus propios ojos, el peor de los descensos. Allí estaban los libertos de la emperatriz que mil veces le habían servido de instrumentos para los mismos planes que ahora le querían echar en cara; estaban los espías y los delatores soltados por ella para que mordieran á innumerables víctimas; estaban los cortesanos que le quemaron incienso y más incienso sin descanso; estaba la guardia germánica que parecía como el cuerpo y organismo del alma de aquella mujer; estaban los pretorianos que habían cambiado el aspecto de Roma con sólo una señal de los dedos de aquella mujer; estaba Séneca, el mismo Séneca, restablecido por ella en el palacio, devuelto á la ciudad, colmado de honores y de riquezas, puesto en el trono casi al nivel de Nerón mismo, y presente con cinismo, bien opuesto á la escuela estoica que presentaba, para herir él mismo y ver cómo los demás herían á su providencia.

—¿Qué deseáis de mí? ¿Por qué presentarse ahora en ese tumulto, que huele á cruelísimo desacato, impropio de funcionarios romanos, á quienes la conciencia propia y el deber honesto imponen otro género de procedimientos para con la mujer á quien acaso deben el aire por sus pechos respirado y la luz recogida por sus ojos? Da la vida quien, pudiendo matar, no mata. Y como á todos he podido yo mataros, y todos vivís, quiere decir que todos aquí estáis obligados á la emperatriz Agripina y todos tenéis el deber de quererla y reverenciarla, en vez de intentar herirla con esa irrupción aquí en tropel, amenazadora para mí é impropia de súbditos. Hablad, ¿qué me queréis? No tengáis por más tiempo en esta incertidumbre á la mujer adorada por vosotros ayer mismo como una verdadera diosa. Os mando que me digáis á cuál objeto venís con esa inquietud irreverente y habréis de responderme. Yo lo mando y lo digo ahora con toda mi autoridad, la cual no se ha dis-

minuido un ápice, á pesar de las apariencias. Decidme qué os ocurre. Contadme para qué habéis venido. ¡Pronto, pronto, pronto! ¡Hablad! Os lo manda vuestra emperatriz con imperio.

—Pues venimos — exclamó el prefecto de los pretorianos, — expedidos por el emperador; que de otra suerte nunca nos atreveríamos á presentarnos y menos á decir con los labios propios lo que realmente no ha brotado en el pecho nuestro, sino en aquel donde tu imagen aparece grabada con líneas indelebles de afectos y de recuerdos. Nerón ha querido descargar de ti el peso de tantos deberes como te abrumaban, y consagrar á tu residencia este antiquísimo templo de vuestros comunes antepasados, á fin de que puedas cultivar la memoria de los que fueron y dirigir preces á las divinidades protectoras de vuestra prosapia y de vuestros hogares. Pero gentes mal avenidas con la grandeza del imperio y habituadas á una conjuración eterna, se han por aquí venido, y trastornando tu tranquilidad, impelidote contra tu grado á empresas y aventuras contrarias al propio bien que disfrutas y á la estrella que brilla sobre tu cabeza. Ya sabes que la delación en Roma constituye un medio de gobierno y que los delatores aparecen como fieles ministros del Estado. No se podría, según tu misma doctrina y tu mismo ejemplo, imperar en la ciudad sin tales auxilios y auxiliares. Ellos en el orden de las disposiciones políticas representan lo mismo que representan los testigos en el orden de las sentencias jurídicas. Así como sin testimonios y sin testigos no podrías descargar el golpe de la justicia común sobre los reos de delitos vulgares, no podrías sin delaciones y sin delatores perseguir á los reos de crímenes contra la seguridad y grandeza del Estado. Pues bien: los delatores te acusan de conspirar contra tu propio hijo, por quien te has desvelado siempre, y á favor



Soldado romano

del patricio Rubelio Plauto, á quien por lado alguno puede la corona tocar y que no cuenta con un solo partidario ni en el ejército ni en el pueblo. No quiere Nerón de manera ninguna castigarte sin oírte. Nos mandó aquí á los dos primeros funcionarios de su imperio, á Séneca, su primer ministro y maestro, á mí, el primer prefecto de su pretorio, para que te arguyéramos de lo que dicen los delatores contra tu persona, y te demandáramos una justificación pronta y satisfactoria, sin la cual no podría menos de condenarte, siguiendo las mismas lecciones que tú le has dado, en las cuales de continuo le incitabas á no descuidar nunca la seguridad del imperio y proveer al cuidado que necesita con medios semejantes á los que usara el primer Bruto con su hijo en defensa y resguardo de la República. Estamos á tus palabras atentos: defiéndete de suerte que tus labios patenticen tu inculpabilidad, pues lo contrario te impelería al último suplicio. Habla.

— Sí, hablo, más para satisfacerme á mí propia que para satisfaceros á vosotros y al cuidado que os envía. Bien conozco toda la utilidad intrínseca de las delaciones, porque sin ellas en vano pretendiera yo ahora justificarme; yo, víctima inmolada por una infame calumnia. Sé cuanto ha sucedido en todo esto y os lo voy á contar. Una gran muchedumbre de amigas del emperador, so pretexto de distraer y acompañar mi soledad, se han venido por aquí compungidas y llorosas como plañideras en duelos. Sabiendo que yo prefiero ser odiada siempre á compadecida, no me han vendido embusteras compasiones, olvidadas de que sólo podía yo encontrar en ellas una humillación vergonzosa, y que sus lamentos y suspiros me molestan ahora como nunca me molestaran sus ofensas y sus calumnias. Enemigas del emperador y enemigas mías intentaban sacarme del cuerpo secretos de Estado y cogerme con sustraidores señuelos en patente inconsecuencia con el amor al César de mi culto y al hijo de mis entrañas. Erguíase una cierta Silana sobre tamañas comadres, picada contra mí de mortal picadura, picada de la envidia. Y como yo disuadí al joven Afranio de su loco matrimonio con ella, diciéndole cuán fea, vieja y asquerosa es, me la tiene jurada, y tomando sin duda este palacio por mi cárcel ya y por mi suplicio la soledad en que ahora me veo, ha creído la infame tigre minuto propicio este para echarse violentamente sobre mi

cerviz y acabarme. Trabó primero amistad con la gran dama Domicia, también enojada conmigo, y entre las dos comenzaron á tejer la telaraña en que deseaban cogerme. Hablaron luego con un liberto de Domicia, con un pantomimo, de cuyas habilidades artísticas gusta Nerón mucho, y le juramentaron para las confabulaciones. Dada la voz del artista Paris, los medios de insinuación connaturales á su oficio, los gestos seductores, sus concertadas frases, no podía dudarse un momento de que fascinara el protervo al hijo mío, movido por las dos furias, y le condujese hasta desconocer á su madre al punto de mandarle una comisión como esta, para inferirle dos agravios, el de sus acusaciones temerarias y el de requerimiento é intimación para presentar excusas y hacer defensas. ¿Presentar excusas? De nada me acusa la conciencia interior. ¿Hacer mi defensa? Me declararíá reo cuando soy juez. Conozco todo lo ocurrido como si lo hubiera presenciado. Yo sé cambiar de figura como los dioses. Nerón se holgaba en una orgía. Y en tal holgorio no podía faltar Paris, que lo abstrae de todo y le trastorna el seso con su mímica y con sus recitaciones. Llamósele, y Paris fué, pero triste, desceñido, flojo, presa de un dolor inmenso que no le dejaba respirar ni permitía el desahogo necesario á su voz para entretener y hechizar á su dueño. Las dos grandes damas habían á una compuesto aquella farsa; y el farsante, por su parte y á su vez, ensayádola con tal fidelidad que hubiérasela creído cosa real y evidentísima. Lloró con lágrimas de cocodrilo. Y cuando le preguntaron por qué lloraba, expuso la misma fábula por ti expuesta, con apariencia tal de verdad, que Nerón se levantó despavorido y mandó que al día siguiente ¡ay! me diputaran á mí esta comisión é infligiesen al inocente Plauto la última pena. ¿Y creéis que voy á defenderme yo de tal turba, compuesta por todos los rebujos y desechos de la sociedad? ¿Creéis que voy á reconocer yo fiscal de un proceso á una mujer como Silana, que malherida por haberla yo preservado al ridículo caso del casamiento desigual con un joven, me acusa de querer destronar á mi emperador y de querer sustituir con ser ajeno á mí el hijo de mis entrañas? ¿Qué cree Silana? ¿Cree que yo puedo cambiar de hijos y emperadores como ella cambia de amantes? Pero no me importan estas acusaciones: nadie se halla libre de una calumnia. Lo que mucho me importa, muchísimo, es

conservar intacta é intangible la dignidad heredada de los dioses y de los césares, no por mí, débil mujer; no por mí, por el hijo idolatrado mío, por ese hijo á quien tengo consagrada mi existencia, último fruto de un árbol cuyas raíces ahondan hasta el abismo de lo más profundo, y cuya copa frisa con lo más alto, con el Olimpo de los dioses. Por eso no quiero defenderme; porque, al defenderme, acusaríame yo misma, cuando prefiero la muerte á esta complicidad tácita con mis embusteros é infames acusadores. Yo sólo puedo reconocer un juez: Nerón. Que venga; y con él solo habré de hablar yo, y con él solo habré yo de departir y entenderme. Vosotros, todos, sin excepción, me parecéis demasiado pequeños para que pueda yo bajar á vuestra pequeñez y demasiado alejados de mí para que pueda herir vuestra voz mi oído. Que Nerón venga inmediatamente á mi presencia. Se lo manda su madre, y á su madre obedecerá sin remisión y sin falta. Que venga, pues, Nerón.

— Sólo nos toca obedecerte — dijo tras todo esto Séneca, — y así comunicaremos á Nerón cuanto has dicho en excusa de lo imputado, y le diremos como deseas verlo en tu presencia y hablarle á solas.

— ¿Qué voz he oído? ¿Es la voz de Séneca? Me parece que sí. Fróteme los ojos para ver si con verdad estás ahí entre los enviados á desacatarme y á perderme. Nunca lo hubiera creído, nunca. Parecíame que necesitaban del todo cambiarte para que pudieses tú atreverte al crimen de odiosa ingratitud que ahora perpetras, tú, predicador de todas las verdades y ejemplar de todas las virtudes. Proscrito de Roma, encerrado en una isla como se suele encerrar á las bestias, confiscados tus bienes, con la muerte siempre sobre tu cabeza y los esbirros, semejantes á sepultureros, en tu puerta, no hubieras podido salir de aquel naufragio en que zozobraban tu vida y tu honra, si esta mujer, á quien acusas ahora, no te hubiera tendido la mano y llevado á salvamento. Y tú, obligado más que ningún otro mortal á cumplir las obligaciones que las leyes morales nos imponen, careces de la más rudimentaria, de la gratitud sentida en los escalones ínfimos del reino animal por los mismos perros. Pavonéate con tus enseñanzas. Habla del supremo bien y de la verdad suprema enfáticamente. La historia sabrá como has cogido el cuchillo de sacrificador para quitar la vida sin piedad

á la bienhechora que arriesgó la suya por defenderte y por salvarte. Podrás oponer á estos actos las teorías que quieras; todas las desmentirá este momento increíble de olvido de ti hasta osar hablarme á mí como acabas de hablarme. Figuréme que llegabas en este rebaño de aduladores, los cuales me lamían los pies antes como borregos y ahora me clavan sus áspides ponzoñosos de víboras, porque sé toda tu vileza y la tengo experimentada de antiguo en mi propio ser, del cual te has alimentado toda la vida como de su escollo una ostra y con menos conciencia que una ostra. ¿Cuándo, cortesanos, cuándo hubierais guardado vuestras prerrogativas, si no las guardara esta mujer? A no estar yo tan vigilante, la República renaciera de su sepulcro; y á todos sin excepción los republicanos á una os hubieran desposeído de vuestros privilegios y de vuestros lucros. Y no digo nada de vosotros, pretorianos; de vosotros, que vivís bajo la sombra de un gobierno todo él fundado sobre vuestras lanzas y nutrido por vuestro poder y por vuestro prestigio, lo cual se os devuelve y paga en beneficios y provechos sin término. ¿Creéis que yo temo á vuestras lanzas? Yo he nacido en los campamentos y me he criado entre milites. Mis brazos tienen el vigor de las armas y mi pecho la resistencia del broquel. No me dais miedo. Yo debo sugeriroslo á los fuertes, porque consanguínea de los césares y descendiente de los dioses, aún quedan rayos en mi carcax para perseguiros y derribaros. Habéis venido á matar, y os volveréis en la seguridad completa de que vuestra horrible acción de hoy os condena tristemente á morir de muerte violenta. Yo soy vuestro monarca, y siendo vuestro monarca, tenéis que obedecerme, digan cuanto quieran todos los poderes y todos los potentados del mundo. Ahora bien: salid y comunicad á quien os ha enviado que no he querido defenderme y que le llamo y emplazo para que comparezca en mi presencia.

Los circunstantes, como si los moviera una máquina, obedecieron á la emperatriz y se tornaron al Palatino.